

i Libri



della Quercia

Proyecto artístico de Elisabetta Gnone
Ilustraciones de cubierta: Olga Marchetti, Claudia Fitzpatrick,
Alessia Martusciello y Barbara Baldi
Ilustraciones en blanco y negro: Alessia Martusciello,
Corinne Giampaglia, Roberta Tedeschi y Claudio Prati
Colores: Barbara Baldi
Doy las gracias a Tim Bruno por su asesoramiento editorial

UNA PRODUCCIÓN



B O M B U S

Visita el pueblo del Roble Encantado
www.fairyoak.com
www.facebook.com/Fairy-Oak
elisabetta@bombusmedia.com

Título original: *Fairy Oak. L'incanto del buio*
© del texto y las ilustraciones: Elisabetta Gnone, 2014
Traducción del italiano de Miguel García

© 2009 *i Libri della Quercia*. Elisabetta Gnone

© 2020 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone
(texto e ilustraciones)
www.bombusmedia.com

ISBN: 978-8418538-94-0
Depósito legal: B 17.161-2021

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: febrero de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Elisabetta Gnone

FAIRY OAK

EL ENCANTO DE LA OSCURIDAD



Libro 2



*A Tommaso, corazón de héroe,
y a Francesco, fuerza de acero.
Y a su mamá y a su papá,
que saben de fábulas y
de muchas cosas más.*

Mi nueva vida



—¡Correo, hay correo! Una carta para Sifelizellaserádecírnosloquerrá. ¡Y qué carta, nada menos que del Gran Consejo!

—¡Del Gran Consejo?! ¡Oh, tiemblacorazón! ¿Dónde está esa hadita? ¡Tenemos que encontrarla enseguida!

—¿Dónde estás, Sifeliztúserásdecírnosloquerrás? ¡Hay una carta para tiii!

—¿Hay una carta para Sifelizellaserádecírmeloquerrá? ¿Quién le escribe?

—¡El Gran Consejo!

—¡Pasmosamaravilla! Déjame ver... ¿Puedo abrirla?

—¡No, no, no! ¡Tiene que abrirla ella en persona! Pero ¿dónde está?

—La he visto hace poco, voy con vosotras a buscarla.

—¿Por qué buscáis a Sifelizellaserádecírmeloquerrá?

—¡Le ha escrito el Gran Consejo!



—¿La solicitan?
—¡¿Qué otra cosa puede ser?!
—¡Oh, emocionosa sensación! ¿Y ella lo sabe?
—No, no la encontramos.
—Si feliz tú serás decirnos lo que erráas, ¿dónde estááás?
—¡Está en la laguna de las Piedras Calientes! ¿Para qué la buscáis? ¿Qué ocurre?
—¡El Gran Consejo la llama!
—¿El Gran Consejo ha contestado? Si feliz ella será decirme lo que errá va a dar saltos de alegría, espera esta carta desde hace mucho tiempo.
—Si feliz tú serááás...
—¿Dónde estááás...?
—Estoy aquí.
—Ha llegado esta carta para ti. ¡Venga, ábrela!
—¿Para mí?
—¡Sí, sí, ábrela!
—¡Es del Gran Consejo!
—Así es. Lee, lee...
—No, no tengo valor, leedla vosotras.
—Nosotras no podemos, debes leerla tú.
—¿Y si me dicen que soy demasiado joven o inadecuada?
—¿TÚ? ¡Qué va, si tú has nacido para ser niñera! Si tú eres inadecuada, el mundo entero lo es.
—Ay, suspiro suspiroso, me tiemblan las manos. Y



además, está escrita con una letra tan apretada... No, no puedo...

—¡Serenaserenilladelasendadelsuspiro, léela tú!

—¡Está prohibido, ya lo sabéis! Si pudiera, la leería ahora mismo, pero esta carta se desvanecería instantáneamente en mis manos. ¡Solo la puede leer ella!

—Ten coraje, Sifeliztúserásdecírnosloquerrás, y lee.

—Yo... Está bien, pero quedaos aquí conmigo.

—¡Como si pensáramos irnos!

—Pues bien, dice así...



¶ la amable hadita

iUrgentel!

Sifelizustedsérádecírnosloquerrá

Reino de los Rocíos de Plata

Estimada hadita:

El Gran Consejo de los Sabios, después de una atenta y docta indagación, se complace en anunciarle que ha acogido favorablemente su petición de convertirse en hada niñera y la ascende a tal categoría por unanimidad.

Su examen era excelente, y le alegrará saber que el Gran Consejo calificó con sobresaliente 2.754 de sus respuestas. Solo en una obtuvo un bien, pero estamos convencidos de que la ingenuidad expresada en tal respuesta se debió a su corta edad y su inexperiencia. Se trata de la



respuesta a la pregunta número 1.277: «Enumerar los signos reveladores de magia en los niños menores de diez años».

Usted enumeró muchos, todos correctos, pero la lista no está completa. En efecto, le faltó mencionar «estornudar con los ojos abiertos».

Es un indicio muy importante, pero, como poco más arriba decíamos, pasamos por alto esa falta, pues en el momento de examinarse usted solo tenía 965 años. Estamos seguros de que hoy respondería sin olvidar nada.

Somos conscientes de que esta carta le llega con cierto retraso, pero pensamos que no tomará a mal nuestra dilación en contestar y que nos perdonará cuando haya leído el motivo. Como sabe, el Gran Consejo tiene por costumbre recomendar a los sabios de los reinos locales a quienes demuestran poseer dotes excepcionales para el desempeño de las labores más complejas y delicadas.

Y es lo que hemos hecho en su caso. Nuestra respuesta ha tardado un poco en llegarle, pero es porque el nombre de quien ha solicitado su presencia es tan prestigioso que hemos decidido adelantar los trámites necesarios para el puesto y enviarle todo en una única carta, pues estamos seguros de que usted, ¡si feliz usted se rádecírnosloquerrá, aceptará, y creemos que las buenas noticias la recompensarán por la larga espera.

Adjuntamos los documentos que debe rellenar y la carta de la bruja que ha solicitado sus servicios.



Es importante que estés lista para partir cuando amarillean las primeras hojas y de esa forma pueda encontrarse en Fairy Oak en la primera mitad de octubre. Le enviamos un mapa y la dirección en la que deberá presentarse:

Familia Periwinkle
Calle de los Ogros Bajos
Fairy Oak, Valle de Verdellano



- ¡Periwinkle! Uy, uy, que me desmayo.
- ¿Quieres creer que igual solicita sus servicios nada menos que...?
- ¡¡Sí, sí, Ella precisamente!!
- No, no es posible, será un error.
- Nada de error, hada suertuda, aquí está su firma.
- ¿Suertuda? Que lo hizo muy bien, la suerte no tiene nada que ver aquí.
- Bueno, lo decía por decir, pero es que no todo el mundo tiene la suerte de ir a trabajar para Ella.
- Va porque Ella la requiere. Y si la requiere, significa que nuestra Sifelizellaserádecírnosloquerrá vale mucho.
- Chicas, me parece que se ha desmayado.
- Apartaos, no estéis encima. Un jacinto, deprisa...
Anda, pequeña, huele esto y recupérate.



—¿Qué... qué ha pasado? Yo... he soñado que...

—No lo has soñado, Sifeliztúserásdecírnosloquerrás, Lala Tomelilla te ha mandado llamar de verdad.

—¡Eh, no te desmayes otra vez, venga, arriba! Aquí tienes su carta... léela cuando estés sola y te hayas recordado un poco.

Ahora ya sabéis cómo empezó todo.

Embriagada por las novedades, me dejé resbalar por la corola de un tulipán y, con la carta apretada contra el corazón, esperé la noche. Confiaba en que mis compañeras se acostaran pronto, porque deseaba silencio y soledad. Me había gustado estar con ellas mientras leía la carta del Gran Consejo. Entre nosotras no había secretos, lo compartíamos todo, pero esta vez era algo distinto.

Había recibido una carta de quien, desde siempre, había alentado cada una de mis aspiraciones. La bruja más sabia y honorable de todos los tiempos había tomado papel, pluma y tintero, y había escrito a Sifelizyoserédecírnosloquerré. ¡Lila de los Senderos nada menos! Todo el mundo la conocía.

Su nombre corría de boca en boca cada vez que la famosa bruja de la Luz descubría algo nuevo en el complicadísimo campo de las disciplinas mágicas. Y sus descubrimientos eran muchos, algunos de los cuales habían



hecho dar pasos de gigante a la sociedad de los mágicos, mejorando un muchomontón la calidad de vida de cada uno de ellos. Pero Lila de los Senderos no entendía solo de magia. Lo sabía todo de todo, y yo la admiraba por la sensatez, la sobriedad y la sabiduría que ponía en lo que hacía.

Con los ojos cerrados, imaginé su caligrafía: elegante, rápida, segura, la caligrafía de quien no pierde tiempo en rodeos ni cháchara, sino que quiere conocer y saber. Y comunicar de modo conciso y eficaz lo que es importante comunicar.

Un genio. Mi mito.

Había leído muchos de sus hermosos libros: sobre el uso de las artes mágicas, la educación de las jóvenes brujas, la vanidad, el vuelo, el cultivo de hierbas aromáticas en invernadero, el diálogo entre animales y mágicos, y por último, pero no en importancia, su tratado sobre la relación entre mágicos y criaturas mágicas, en el que había aprendido que las brujas y los magos son seres humanos que poseen poderes mágicos, mientras que nosotras las hadas somos, a todos los efectos, criaturas mágicas. Una sutil diferencia que separa nuestro mundo del suyo para siempre.

«Vamos, noche, ven; ven, silencio —pensé en esas horas de espera—. Quiero leer cada letra para conocer sus gestos, cada palabra para saborear su sonido y diez veces cada una de las frases con que Ella me habla a mí. ¡A mí!».



Por fin se hizo el silencio en el Reino de los Rocíos de Plata. Temblando de emoción, alcé la carta y, a la claridad de mi luz, leí las palabras que cambiaron mi vida...

Querida hadita

de nombre impronunciable (pero que con un poco de práctica aprenderé a decir):

Mi nombre es Lila de los Senderos, aunque quizá sea más conocida como Lala Tomelilla.

Me proporcionó tu nombre el Gran Consejo, al que envío esta carta para que te la haga llegar cuanto antes (como sabrás, a ningún ser humano le está permitido escribir a una criatura mágica).

En tu magnífico expediente he leído que, además de ser muy aplicada, pese a tu juventud estás dispuesta a trasladarte a reinos lejanos al tuyo. Tal vez hayas oído hablar del valle de Verdellano y del pueblo del Roble Encantado; yo vivo allí. Así pues, a mucha distancia del Reino de los Rocíos de Plata. De todas formas, puedo asegurarte que el lugar es placentero y acorde con el carácter de las hadas. Muchas de ellas, de hecho, viven aquí con nosotros y cuidan serenamente de nuestros niños.



Dentro de unos meses, mi hermana Dalía dará a luz gemelos, de los que, en vista de tus aptitudes, quisiera que te encargaras como niñera.

Naturalmente, vivirás con nosotros y recibirás una remuneración apropiada a tu labor, que, te lo digo desde ya, será a tiempo completo siete días de cada siete.

Te adjunto algunas imágenes de nuestra familia y de la casa para que el encuentro te resulte familiar y puedas empezar a acostumbrarte a tu nueva vida. Tengo plena confianza, de hecho, en que aceptarás el encargo. Y, a propósito de esto, te ruego que me contestes enseguida. El tiempo apremia y para mí es muy importante que mis sobrinos tengan un hada niñera que los haya visto nacer.

Si aceptas, tu trabajo con nuestra familia durará quince años, transcurridos los cuales serás libre para ocuparte de otros niños.

Felicitándote por tus excelentes notas y con la esperanza de tener pronto noticias tuyas, te saluda cordialmente,

Bruja Lala Tomelilla



Mi nueva vida... ¡Mi nueva vida! ¡Mi nue-va vi-da! ¡Mi nueva vidaaaa!

¡Minuevavida-minuevavida-minuevavida-minuevavidaaaa!

—¡MI NUEVA VIDA! —grité de alegría.

Mi nueva vida comenzó así.

El 31 de octubre de aquel año, la señora Dalia Periwinkle, asistida por su hermana Lala Tomelilla, dio a luz a Pervinca y a Vainilla.

Esta que os cuento es su increíble historia. Lo que no viví en primera persona me lo refirieron luego. Leed, leed...





Diez años después



Me aseguré de que todas las luces estuvieran apagadas y volé al cuarto de las niñas. Era una noche tranquila. Mamá Dalia y papá Cícero descansaban en la habitación contigua y se oía, apenas perceptible, su respiración, que se confundía con la respiración leve y familiar de Pervinca y Vainilla, dormidas en sus camas. Entré en mi tarro y empecé a escribir.

Desde que el enemigo había vuelto a Verdellano, velaba a las niñas también de noche y, para pasar las horas de soledad, ponía al día mi diario. Cuántas cosas habían ocurrido: las niñas habían cumplido diez años y se habían convertido en brujas, y Pervinca nos había sorprendido, como de costumbre, al resultar ser la primera bruja de la Oscuridad de la familia y la primera niña, de todos los reinos pasados y presentes, capaz de heredar un poder que nadie podía haberle transmitido. Su tía Tomelilla, de



hecho, era una bruja de la Luz, al igual que todas las brujas y todos los magos De los Senderos antes que ella.

Esta revelación se había producido el día en que el Terrible 21 había atacado Fairy Oak. Desde entonces se habían sucedido muchos otros ataques, y en el pueblo se llevaba una vida extraña, casera y retirada.

Al amanecer, estaba aún sentada a mi mesa, escribiendo precisamente, cuando un ruido llamó mi atención.

Alguien se había levantado. No sabía quién, pero pensé que quien fuera tal vez tuviera ganas de charlar un rato. Así que dejé la pluma y volé abajo; la casa estaba oscura y silenciosa. Fui a la cocina y no encontré a nadie. Atravesé el comedor y me dirigí al salón de la chimenea; allí tampoco había nadie. Vi entonces que una rendija de luz se colaba por debajo de la puerta del estudio del señor Cícero. Llamé... Nadie. Llamé otra vez, nada. Decidí entrar.

La lámpara del gran escritorio de nogal estaba encendida y en el cenicero ardía aún el fósforo con el que Cícero debía de haber prendido su pipa. Quizá había salido a tomar un poco el aire. La radio emitía graznidos, señal de que había tratado de ponerse en contacto con el mago Duff u otro habitante del pueblo y que dentro de poco volvería para reintentarlo.

Tendría que haberme ido y volver arriba, pero la atmósfera de aquella habitación me retenía, siempre me ocurría. Así que me quedé un rato. Todo estaba bien ordenado



y limpio, se notaba querido: los libros y las fotos de las niñas en los estantes de madera, los vasitos y las botellas de vidrio oscuro y elegantes etiquetas, los mapas enrollados del cesto, los ceporros junto a la chimenea y la butaca en que a menudo se quedaba dormida Pervinca. En la vitrina, detrás de los cristales, brillaban los instrumentos de latón del señor Cícero; era meteorólogo, y un apasionado de la astronomía. Orientado al cielo estaba el preciado telescopio que ninguna de nosotras tenía el permiso de tocar. Recuerdo que, la primera vez que entré en el estudio, apuntaba en dirección al Reino de los Rocíos de Plata; a su manera, el señor Cícero había ido a mi encuentro tras mi largo viaje. Aquello me halagó.

El telescopio era el instrumento preferido de Pervinca y a veces, de noche, la había sorprendido mirando las estrellas a escondidas.

—Cómo me gustaría poder visitarlas una por una y ver más allá todavía, en la lejana oscuridad —decía—. ¿Alguna vez lo has hecho, Felí?

—¿Ver una estrella de cerca? Sí, he visto algunas —le contestaba yo—. ¿Quieres saber algo? Vista desde allá arriba, la Tierra parece una estrella.

A Vainilla, en cambio, le gustaba el catalejo. Se sentía una científica mientras lo sostenía como le había enseñado su padre. Sin embargo, como al señor Cícero no le gustaba que se jugara con sus instrumentos y Vainilla



se cansaba al poco rato de tener un ojo cerrado y el otro abierto, la joven científica recurría a los prismáticos, más cómodos. Se los aplastaba contra los ojos para que no le entrara luz y se pasaba horas enteras estudiando el vuelo de las gaviotas, observando las olas de la bahía, espiando a los pájaros en sus nidos o no perdiendo de vista un fruto o una hoja con la esperanza de asistir al momento en que se desprendía de la rama.

—¡No los apuntes nunca al sol! —le había dicho el señor Cícero—. ¡Te quemarías los ojos!

«Lástima», había pensado Vainilla. Le habría gustado ver de cerca el sol.

El suelo del pasillo crujió. El señor Cícero volvía y lo mejor que yo podía hacer era irme. Estaba allí sin permiso. Volaba aprisa hacia la puerta cuando esta se abrió. Pero no era el señor Cícero.

—¡Pervinca!

—¿Dónde estabas? Me he despertado y todo estaba a oscuras —me reprochó ella, jadeante. Estaba más pálida que una sábana. La ayudé a sentarse en la butaca y le di una manta.

—Tú nunca has tenido miedo de la oscuridad —dije, sorprendida—. ¿Has tenido de nuevo esa pesadilla?

Pervinca contestó que sí con la cabeza. Estaba helada.

—¿Quieres algo caliente?

Otra vez sí.



Reavivé el fuego y volé a hacerle una manzanilla. Cuando volví, la joven bruja estaba abrigada con la manta y sus mejillas habían recuperado el color.

—¿Estás mejor?

—Sí, aquí se está bien —dijo ella con una sonrisa.

—¿Quieres contármela?

—Prefiero no hacerlo.

—¿Tan horrible es esa pesadilla que te da miedo incluso recordarla?

—Sí.

—Solo es un sueño, si lo compartes conmigo será también un poco mío y ya no estarás sola con él.

—No te gustaría oírlo, Felí.

—Pues claro que me gustaría. ¿Por qué dices eso?

Pervinca bajó los ojos.

—Porque... te asustarías más que yo —dijo en voz muy baja.

—¿Sueñas que el Terrible 21 regresa para raptarte, eso es lo que sueñas?

—No, es otra cosa.

Se calló y permaneció en silencio un rato. Fui a sentarme junto a ella, delante del fuego, y traté de imaginar qué era lo que podría asustarme tanto. Entonces Vi volvió a hablar. Fue un susurro más que nada, un bisbiseo.

—No es de él de quien tengo miedo —dijo.

Me volví para mirarla. No quería hacer preguntas tontas



ni darle la impresión de no entender, pero... es que no lo entendía. Si no tenía miedo de él, ¿de quién lo tenía la pobre niña?!

Anhelé que siguiera hablando, que dijera algo que me ayudara a saber más, pero en ese preciso momento entró el señor Cícero.

—Creía que yo era el único que no dormía en esta casa y descubro que estoy en buena compañía. Por ahí anda Tomelilla y aquí os encuentro a vosotras dos, ¿es que las brujas y las hadas niñeras sufren también de insomnio?

—Pervinca ha tenido una pesadilla —le dije.

—Comprendo. Pero ya ha pasado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes, Vi?, creo que he descubierto una nueva estrella —continuó el señor Cícero—. Quería informar a Duff, pero el bestia ese está durmiendo, como de costumbre.

—Son las cinco de la madrugada —dije.

—¿Y qué? Nunca es demasiado pronto para un descubrimiento científico, querida Felí. ¿Te gustaría verla, Pervinca? —El señor Cícero sabía quién movía su telescopio cuando él no estaba. Pervinca apartó la manta y corrió a mirar por el objetivo.

—¿Dónde está?

—Espera, espera... primero deja que lo regule...

—Yo me voy con Lala Tomelilla —dije, y salí.

Pervinca estaba en buenas manos. Ella y su padre se



querían y se entendían en casi todo. Hablaban mucho, a veces discutían animadamente y se gritaban, pero eso también formaba parte de su cariño. «Quién sabe, a lo mejor el señor Cícero se las arregla para que le cuente su sueño», me dije.



El sueño de Pervinca



El reloj de la plaza dio seis toques: uno... dos... tres... En el silencio de la mañana, los sonidos reverberaron altos y nítidos, y nos sorprendieron en el invernadero, donde todavía charlábamos.

—¿Ya son las seis? —dijo Lala Tomelilla, que bostezó—. No me había dado cuenta de que fuese tan tarde, quiero decir, tan temprano. Seguiremos con la hora del cuento por la noche, Felí —dijo desanudándose el mandil—. Me disgusta que Pervinca tenga siempre esas feas pesadillas. Supongo que tiene que ver con lo que ocurrió.

—Yo también lo creo —dije—. Ser raptada por el enemigo de aquella manera... Es normal que todavía esté asustada. Tiene usted razón, Tomelilla, sin duda es lo que le provoca las pesadillas.

—¿Se empeña en no querer contarlas?

—No suelta ni palabra.



—Pero es raro que sea ella la que tenga las pesadillas. Me lo habría esperado de Vainilla, que es más delicada y sensible...

—Oh, también Vainilla sueña mucho —le dije—. Es más, en realidad sueñan juntas. Si Pervinca se agita en sueños, a los pocos minutos se agita también Vainilla. Y si Pervinca se despierta gritando, Vainilla se despierta también.

—Ocurre a veces entre los gemelos.

—¿Que sueñen las mismas cosas?

—Que uno siente lo mismo que el otro, ya sea alegría o miedo —me explicó Tomelilla.

—Un momento, eso lo sé, pero... ¿también cuando duermen?

—Incluso cuando están alejados. Lo que sucede entre los gemelos es algo único y especial, querida hadita, y no tiene nada que ver con los poderes mágicos.

—Siendo así, ¿es posible que sueñen lo mismo?

—Sí, es posible —me respondió Tomelilla. Y acto seguido se dio una palmadita en la frente y exclamó—: Pero ¡qué tonta soy! ¡Cómo no lo había pensado! Basta con preguntárselo a Vainilla.

—¿El qué?

—Felí, ¿Vainilla cuenta sus sueños?

—Eh... sí, ella sí.

—Bien, pues ya está. Si sabemos lo que sueña Babú,



entonces sabremos lo que sueña Pervinca. Adelante, cuéntame con qué sueña Vainilla.

—Bueno, últimamente menciona con frecuencia a una persona de la que en sueños solo ve una parte de la cara, siempre la misma. Dice que le parece una mujer joven, muy guapa y amable, que le habla, pero ella no la oye y luego, de pronto, desaparece.

—¿Eso es todo? —dijo Tomelilla—. ¿Nada de sueños espantosos, pesadillas terroríficas, monstruos o qué sé yo? ¿Por qué Pervinca se despierta aterrorizada, entonces?

—No lo sé —reconocí—, pero es precisamente lo que ocurre, ahora casi todas las noches; la pobre Vi se despierta gritando, sudando y con la respiración entrecortada. Y si le pido que me cuente el sueño, me da la espalda y vuelve a dormirse. Y cuidado con insistir, se pone hecha una furia.

—Eso sí es propio de Pervinca —comentó Tomelilla.

—Esta noche, sin embargo, me ha dicho una cosa en voz baja que me ha asombrado un poco —proseguí—. Me ha dicho que no es de él de quien tiene miedo.

—Él, ¿quién?

—El Terrible 21, creo, pero no estoy segura del todo. Pervinca solo ha dicho «él».

—No es él quien le da miedo... —repitió pensativa Tomelilla.

La hora del cuento concluyó así. A veces sucedía:



Tomelilla ordenaba sus útiles de jardinería mientras meditaba sobre el último tema que hubiéramos tratado, apagaba las luces y subía la escalera hasta su habitación sin despedirse siquiera de mí. Minutos después, a lo mejor volvía y me pedía disculpas. O bien daba unos golpes con el tacón de un zapato en el suelo de su cuarto, encima del nuestro, ¡toc, toc, toc!, lo que quería decir: «Hasta mañana, Felí. Buenas noches».

Sabía que para mí la hora del cuento era el momento más precioso del día, porque estaba a solas con ella, mi mito, mi faro. Sentarse sobre su cómodo hombro después de las preocupaciones de la jornada, las carreras, las responsabilidades, representaba tal alivio que nada ni nadie me habría impedido nunca vivir ese momento. La necesitaba, necesitaba que me dijera que todo iba bien, que todo estaba bajo control. Me reconfortaba.

El retorno del Terrible 21 había cambiado nuestras vidas, nuestras costumbres, pero mientras Tomelilla estuviera con nosotros había esperanza.

«¡Toc, toc, toc!», oí encima de mi cabeza poco después.

«Buenas noches también, Tomelilla —dije para mí—. Mejor dicho, buenos días, ¡son casi las siete!».



El rugiente del oeste



Aquella mañana nos despertó el viento. Un viento frío y violento, de esos que les impiden a los pescadores echar las redes, a las madres tender la colada, a los niños jugar al balón y a nosotras, las hadas, volar tranquilas sin girar en el aire como semillas de arce.

El señor Cícero lo había vaticinado: sería uno de esos días en los que todo silba, rueda y golpea. Y si el señor Cícero lo había anunciado, se trataba de un fenómeno natural y no del enemigo. Era un gran alivio. Aunque...

En Fairy Oak, a días como aquellos los llamábamos «de nudos», porque había que atarlo todo: los barcos, los toldos de las tiendas, las cancelas, que se estropeaban a fuerza de golpear... A veces los llamábamos también «de siesta», porque cuando soplabá el rugiente del oeste a nadie le apetecía salir, e incluso los perros y los gatos se quedaban en sus casetas o buscaban lugares confortables para



dormitar al sol, en las verandas o detrás de las ventanas.

Había algunos, sin embargo, que en los días de siesta trabajaban más que de costumbre. Los pintores, por ejemplo, porque cuando el viento soplaba con fuerza, el paisaje cambiaba: entre la niebla aparecía nítido y negro el perfil de las montañas, cuyos picos se recortaban contra el cielo, y a veces se distinguían las cabras montesas; en el cielo, las nubes creaban formas fantasiosas y al mar le crecía barba. En los días de siesta me habría gustado saber pintar. Aunque...

Y estaba el juguetero que vendía cometas, también él era feliz en los días de viento. Y el propio señor Cícero, que no se separaba de su catalejo.

—¡Se ve la isla de Strongcharles! —gritaba desde el estudio—. Y las olas se abaten unas sobre otras, ¡mar fuerza siete y aumentando!

En Fairy Oak el viento era como de la familia y estábamos acostumbrados a sus alborotos. Aunque... desde el día en que el enemigo había lanzado su primer ataque, bastaba con una ventolera para que me inquietara. Si una contraventana se cerraba de golpe... ¡aguantacorazón!, saltaba como un grillo e, inevitablemente, tiraba algo. «¡Tranquila, Felí, calmapiensaytranquila!», me decía. «Solo es el viento, solo el viento». Después, sin embargo... ¡BADABUMM!, golpeaba otra puerta y, ¡UIIIIJ!, silbaban las ventanas.



El rugiente del oeste podía soplar durante días y días, así que...

—¡Muchomásquedemasiado! —gritaba en el límite de la paciencia.

—Felí, estás hablando con el viento —me hacía notar Tomelilla—. ¿Alguna vez le has oído responderle a alguien?

No, a decir verdad no. Pero era más fuerte que yo.

Aquel día, Pervinca estaba demasiado absorta en la lectura para percatarse del viento y de mi nerviosismo. Nada más terminar de comer se había zambullido de cabeza en un viejo libro que le había prestado su tía y así seguía. En cambio, Vainilla, notándome tan tensa y alterada, hizo una broma con la que en otro tiempo me habría tronchado de risa:

—Como sigas removiéndote tanto, hadita, te va a dar el síncope de la bruja.

La miré con cara seria.

—¿Te parece que se pueden decir esas cosas? —protesté—. ¡Estudia!

—Hada gruñona —replicó ella, sonriendo—, ¿no ves que tenemos los libros abiertos?

—Ya, como si con eso bastara. Tenías seis problemas de geometría, ¿los has hecho?

—Dos no me salen. Los haré esta tarde, con papá. Ahora me estoy aprendiendo los poemas.



—Está bien, pues cabeza gacha y no quiero oír ni un vuelo... ¡quiero decir, ni un suspiro!

Desde hacía semanas, a los escolares de Fairy Oak les ponían una cantidad inmensa de deberes. Ellos se quejaban, pero nosotros sabíamos que era una estrategia de los maestros para mantenerlos apartados de dificultades; desde que el enemigo había reaparecido ya no era posible dejarlos corretear por ahí. Si salían, tenían que permanecer a la vista o al alcance de la voz, y contar en todo momento qué hacían y con quién; si necesitaban alejarse, tenían que esperar a que alguien los acompañase; si gritaban «socorro» jugando, sin que hubiese peligro real, eran castigados, lo mismo que si transgredían mil normas más. Por supuesto, ni hablar de salir del pueblo.

En consecuencia, también nuestra labor, la de las hadas, había aumentado: no podíamos perder de vista a nuestros niños ni un solo diminutominuto, ni de día ni de noche. No es que fuese un sacrificio para nosotras, que quede claro, si acaso nos preocupaba el no hacer lo suficiente para protegerlos.

Los niños, por su parte, soportaban mal ese control continuo y a menudo se escapaban o se encerraban en algún sitio.

En resumen, que era un incordio para ellos y un sufrimiento para nosotras. Entre otras cosas porque «no» y



«prohibido» son palabras difíciles de pronunciar para un hada.

La voz de Dalia nos llegó desde los pies de la escalera:

—Felí, nosotros salimos un momento. ¡¿Te quedas tú con las niñas?!

—Sí, sí, no se preocupen, nosotras no nos movemos de aquí —contesté.

—Buenas chicas, no salgáis, por favor —dijo la voz de Cícero—. Y si viene alguien, decidle que hoy la previsión es de viento frío. ¿Vi y Babú están estudiando?

—Sí. Vainilla se está aprendiendo los poemas y Pervinca... ¿Qué estás leyendo?

—He llegado a Mentaflorida.

—Pervinca está leyendo sobre Mentaflorida.

—Bien. ¿Y sabe ya quién era? —preguntó la voz de Tomelilla.

—¿Sabes quién era?

—No, ¿quién era?

—Se divertirá descubriéndolo. Hasta luego.

Abajo, la puerta se cerró.

—Cuando en esta casa alguien se decida a dar una respuesta directa, yo volaré también de día —refunfuñó Pervinca, que, suspirando, volvió a la lectura del Libro Antiguo.





Del Libro Antiguo

EL VALLE DE ABERDUR



Al amanecer del primer día de verano, Mentaflorida saltó de su camastro y corrió a despertar a su mejor amiga. Estaba tan emocionada que olvidó ponerse las babuchas y ni siquiera se peinó su largo cabello pelirrojo. Apartó las ramas del haya llorona bajo la cual vivía y se lanzó descalza colina abajo. De un brinco salvó el arroyo y de otro evitó un grupo de ocas de paseo. Atravesó los prados todavía húmedos de rocío y, para darse más prisa, tomó el atajo que pasaba por debajo de la cascada. Torció hacia el claro de las encinas y por fin...

—¡Es hoy, es hoy! —gritó tocando con fuerza a la puerta de Scarlet-Violet.

—¿Es el gran día, señorita?! —dijo una voz a su espalda.

Mentaflorida se volvió, una hermosa señora estaba bajando al río con la colada.

—Sí, sí, es hoy, bruba Cauliflower —contestó



Mentaflorida con su graciosa manera de aspirar la «j»—. ¡A ver si esa marmota de Scarlet-Violet se despierta, tenemos que prepararnos!

—En ese caso, grita más fuerte, niña, ya verás como te oye —repuso la bruja con una sonrisa.

Mentaflorida alzó aún más la voz.

—¡Scarlet-Violet Pimpernel, despiértate ya! —chilló golpeando con fuerza la puertecita del árbol.

Como nadie venía a abrir y Scarlet-Violet parecía no darse por enterada, Mentafiorida decidió hacer un último intento antes de ir a prepararse ella sola. Así que tomó todo el aire que pudo, extendió los brazos, abrió de par en par la boca y. . .

—Como vuelvas a chillar, te meto este ratón en la boca —la amenazó su amiga, que en tanto había abierto la puerta y sostenía un ratoncito por la cola.

Mentaflorida se quedó unos instantes con la boca abierta y el aire en los pulmones, después se deshinchó y sonrió.

—Nunca lo harías —le dijo—, es tu ratón favorito.

Scarlet-Violet resopló, soltó al ratón y precedió a su amiga en la casita.

—¿Te persigue una manada de lobos acaso? —le preguntó.



—No, pero estoy emocionada. Y tú, ¿cómo puedes dormir en un día como este?

—Lo estaba consiguiendo, ¡hasta que has llegado tú!

—Perdona, es que...

—¿Has desayunado? Lo dudo.

—No, pero no tengo hambre, se me ha cerrado el estómago.

—¡Por todas las furias del valle, Mentaflorida de los Senderos! ¿Qué se te ha metido en la cabeza para gritar de ese modo a las seis de la mañana? ¡Casi nos da un ataque! —exclamó la madre de Scarlet-Violet, apareciendo por la estrecha escalera de caracol. Todavía estaba en camión y un cómico gorrito rosa le cubría la cabeza angulosa—. ¡Temíamos que nos atacara un dragón o que el río se hubiera desbordado! ¡Vaya modales!

—Mil perdones, mamá Pimpernel, estoy muy emocionada por la fiesta de esta noche y... he exaherado un poco, vaya.

—¡¿Cuándo aprenderéis, vosotras las brujas de la Luz, a controlar las emociones?! ¡Todas sois iguales! —comentó la señora Pimpernel de una manera un tanto antipática.

Mentaflorida observó con estupor que la madre de Scarlet-Violet tenía la cara verde. ¿Sería por el miedo?



—Es crema de bacalao podrido, una asquerosidad que hace ella misma para mantenerse joven —susurró Scarlet-Violet a su amiga.

—Apesta —dijo bajito Mentaflorida, tapándose la nariz—. ¿Cómo puede soportarla?

—Quizá porque espera que se le borren las arrugas —se burló Scarlet-Violet, ofreciéndole un pastelillo de ciruelas.

—¿Por qué no hace desaparecer las arrugas con la magia? Es una bruja de la Oscuridad, podría hacerlo.

—Mentita, todavía te falta por aprender qué hechizos podemos hacer y cuáles no, ¿verdad? Pues bien, este es uno de los que NO podemos hacer —explicó Scarlet-Violet mientras le metía el dulce en la boca a su amiga en ayunas—. Ya no sé cómo decírtelo. Tienes dieciséis años, esta noche mirarás en el torrente, ¡tienes que saber estas cosas! Nadie, ni vosotros los mágicos de la Luz con vuestros bonitos poderes creativos, ni nosotros los mágicos de la Oscuridad con nuestros grandiosos poderes destructivos, tiene derecho a interferir en la naturaleza de las cosas.

—Pues algunos lo hacen. ¿Me das otro, por favor?

—Ah, sí, alteran el equilibrio de la naturaleza y luego vienen los desastres. Sírvete y pásame la miel, por favor.



Pero ¿te acuerdas de lo que ocurrió con el huerto de almendros del mago Almond?

—Daba fruto en todas las estaciones.

—Exacto. Pero no era un hecho natural, ¿no? Eran los hechizos del mago los que obligaban a los árboles a dar almendras en todo momento.

—Es verdad. ¿Qué hay ahí dentro?

—Té de arándanos, toma un poco. . . Hablábamos del mago Almond, que estaba contento porque podía degustar guirlache cuando quería. Luego, un día. . .

—Murió.

—¡Envenenado! El pobrecito había forzado tanto la naturaleza que esta había terminado dándole frutos no comestibles. Por eso, el Sumo Mago le prohibió a todo el mundo hacer hechizos de esa clase.

—Vale, pero nunca me untaré crema de bacalao en la cara.

—Bien hecho, y además no sirve de nada. Lávate con agua del río y no te espongas al sol. Y cuando necesites una receta mágica, no recurras a mi madre. Acude a la señora Burdock, que sabe de hierbas.

—Sí, sí. Ahora vayámonos, por favor.

—Faltan catorce horas, Menta, tranquilízate o llegarás agotada a la fiesta.



Mentaflorida no se tranquilizó. E, igual que ella, tampoco lo hicieron muchas otras chicas del valle.

Porque aquella noche, siguiendo un antiguo rito, todas las brujas dieciseisañeras mirarían en el torrente Baran para ver, en sus aguas cristalinas y nerviosas, el rostro de su futuro esposo. Se pondrían por primera vez el «Vestido de la Responsabilidad», máspreciado y pesado que su ropa habitual, pues las madres lo tejían añadiendo a las madejas de algodón blanco un grueso hilo de plata. Y así, en cada vestido, el hilo plateado brillaba «como un arroyo que serpentea entre la nieve, como el sendero que lleva a la cima de la montaña, igual de vivaz y tortuoso que el camino a la edad adulta. . .», para decirlo con la letra de una antigua canción. Las jóvenes se ataviarían con el Vestido de la Responsabilidad en todas las ocasiones importantes, hasta que cumplieran veinte años. Después, otro vestido, más rico y pesado aún, lo sustituiría.

Naturalmente, también era la presentación en sociedad de los jóvenes magos, que se desafiarían en pruebas y hechizos de valor, agilidad e inteligencia. Y al final, todos juntos, brujas y magos, danzarían a la luz de la luna en la playa blanca de la bahía de Arran, donde todo estaba preparado para la Fiesta del Solsticio de Verano.

Pero las cosas no salieron así aquella vez. . .



La marejada



Pervinca sonrió.

—Me alegro de que ya no existan ciertos ritos. Figúrate cuánto me importa saber ahora quién será mi futuro marido, tengo cosas muy distintas en la cabeza. Pero ¡es genial! —dijo sin despegar los ojos del libro—. Mucho mejor que la clase de Historia.

—Eh, ¿habéis oído ese ruido?

Di un respingo, preocupada.

—¿Qué ruido? —pregunté.

—Es el viento, Babú, no nos asustes —dijo Pervinca, bajando un instante el libro.

—No, eso no es el viento...

Guuushhh... ¡BADABUMMM! Babú había oído las olas.

Guuushhh... ¡BADABUMMM!, atronaban contra las rocas de los promontorios. La música preferida de

